

»El se bajó, é inclinado sobre mí, me abrazó cariñosamente diciéndome:

»—¡Es culpa mía! ¡Es culpa mía!

»Y separaba su brazo izquierdo para impedir que la sangre me manchase.

»—¡Estáis herido!—exclamé.—Y no me acordaba de que estáis perdiendo sangre.

»—¡No es nada!—dijo.—Vámonos de aquí.

»Bajamos á casa.

»Cuando llegamos, no tuvo más que el tiempo necesario de entrar en su alcoba, donde cayó desmayado.

»¿Qué más puedo decirte, mi querida Aurora?

»Hace dos días que velo á su lado.

»El médico, que ha venido de Vichy, asegura que se curará pronto, que la herida no es de cuidado, á menos que no sobrevengan complicaciones; es cosa de algunas semanas.

»Debiera creerlo, y estoy sumida en una ansiedad mortal.

»¡Cuántas desgracias he acarreado y qué porvenir me he preparado!

»Te dejo, porque mi padre me llama.

»Mañana te enviaré más noticias.

»Te quiere y te abraza,

»ELENA.»

VIII

Gallo de aldea.

La observación del conde de Reveillon, «A lo que parece, no pica el anzuelo», cuando Aurora y Bernardo se paseaban en el parque

bajo las miradas de los convidados del joven propietario de Aubignac, no estaba desprovista de lógica.

Las cosas no iban bien para Bernardo.

Sin mostrarse claramente recalcitrante y negar su consentimiento á aquel novio, que tenía tantos deseos de llegar al fin que se había propuesto, la joven temporizaba, pedía tiempo para reflexionar, y al mismo tiempo que contestaba con dulzura á su pretendiente le enviaba á lo que los antiguos llamaban las «Calendas griegas».

Los Chavarux estaban desesperados.

¿Se les iría á escapar aquella dote de sesenta mil francos, y las infinitas ventajas que esperaban obtener además?

A todas las horas del día se veía á la familia reunida en la huerta ó enfrente á la puerta de la casa, ocupada en conciliábulos, en los cuales se discutían las probabilidades favorables y los medios que había que emplear para llevar el asunto á feliz término.

¡Si tan solo el interés impelía á aquellos padres á aquella conquista, al hijo no le sucedía lo mismo.

Acostumbrado á vencer fácilmente; bien acogido siempre por las muchachas de los pueblos vecinos; muy buscado por las muchachas casaderas de aquellos contornos, á causa de su aplomo y de su porvenir, se irritaba al ver la resistencia de Aurora, que urdía en su mente los más misteriosos proyectos.

¡Ah! ¡Se hacía la importante!

¡Le despreciaba!

¡Prefería á los señoritos, que desde hacía algún tiempo daban vueltas á su alrededor!

¡Se vería!

Desde que sabía que era rica una pasión brutal, complicada con su vanidad despreciada, con sus deseos de revancha y de desdén, que le volvían loco, se había apoderado de él.

Astuto como un zorro, pensaba día y noche en los medios que podía emplear para satisfacerla y no los encontraba.

La joven estaba siempre alerta.

No porque temiese nada de los que la rodeaban, sino por costumbre, porque comprendía que estaba sola, sin protección, y que esa soledad hace á los abandonados muy desconfiados.

Cuando el cartero la entregó la carta de su amiga, los Chavarux acababan de levantarse de la mesa.

Era próximamente la una de la tarde.

Bernardo Chavarux que la observaba, y á consecuencia de una nueva entrevista con ella por la mañana, comprendía que las probabilidades iban disminuyendo, estaba muy despedido.

La vió alejarse por el huerto, rasgar el sobre de la carta debajo de un grupo de manzanos que la ponían al abrigo de los rayos del sol.

Al leer las primeras palabras de su amiga: «¡Es un hecho! ¡Estoy perdida!» Aurora se estremeció.

El escribiente vió que su frente se plegaba y que un estremecimiento recorrió su cuerpo de piés á cabeza.

La joven no continuó la lectura.

Volvió á doblar la carta, la metió en un bolsillo y se dirigió hacia el parque.

En seguida Bernardo abandonó el lugar desde donde la observaba.

Era una ventana de la cocina paterna.

El parque de Aubignac es muy extenso.

El hijo de los Chavarux conocía todos los rincones. Sabía perfectamente los senderos que tenía que seguir para poder ocultarse.

No había andado quinientos pasos cuando se detuvo al pie de una corpulenta encina, dos veces secular.

A alguna distancia de aquella encina, cuyo tronco le ocultaba, pues hubiese podido ocultar á diez personas más, acababa de ver á Aurora que seguía á pasos lentos una avenida absorbida en la lectura de la carta que acababa de recibir.

Bernardo Chavarux conocía el origen.

Era de la Sauvetière.

—¡Noticias de la amiga!—pensó.

Pero casi de repente volvió á doblar nuevamente el fatal papel y lo volvió á meter en el bolsillo.

Un joven que se paseaba en sentido inverso por la avenida, se encontraba enfrente de ella.

Los labios de Bernardo Chavarux se crisparon de despecho.

—¡El cojito!—dijo.—¿Se va á poner ese también á hacerla la corte? ¡No faltaría más!

El escribiente hacía alusión á lo que había ocurrido en Aubignac algunos días antes.

Después de la marcha del barón Máximo, que no había estado en el castillo más que algunas horas, la fiesta se había prolongado.

Algunos amigos de los Caylus se habían quedado en el castillo al lado de los dos hermanos y otros habían llegado á su vez de París ó de Royat; después todos se habían dispersado los unos después de los otros.

Cada cual se había ido por su lado, Revelillon á París, otros á Vichy para curar sus dispepsias; los demás á Royat ó á las cercanías de Clermont, á la Bourboule ó al Mont-Dore.

Después de haber dado mil vueltas sin ningún éxito al rededor de la joven cuyo origen era tan misterioso, el mayor de los Caylus, el hermoso Raimundo, del cual la joven no huía mucho á causa de la corriente de atracción que se había establecido entre ellos, había abrazado cariñosamente á su hermano y había levantado el vuelo hacia las costas normandas, donde poseía una hermosa posesión.

El cariño de los dos hermanos, tan diferentes, sin embargo tenía algo de conmovedor.

No habían tenido nunca la menor querrela ni la menor discusión.

El mayor con su fuerza y con su gracia parecía cubrir con su protección la debilidad más aparente que real del menor, tímido, afable como una niña y al cual las orgías y el ruido de la vida asustaban.

En el momento de marcharse había querido llevarse consigo.

—¡Vas á aburrirte soberanamente en este agujero!—le dijo.—¡Vente! No deberíamos separarnos.

—¿No te estorbaría? No tenemos los mismos gustos. A tí te gusta el ruido...

—Porque distrae...

—¡Pues yo le odio!

—¡Quédate, pero irás á buscarnos!

—Sí, pronto.

—A propósito, si ves á la desconocida...

—¡Pobre joven!

—¡Dila que la adoro!... lo mismo que en los

antiguos romances... y que siento en el alma que sea tan modesta, ó mejor dicho, tan adusta, y que no se pasee mucho donde haya mucho ruido y mucha luz!... Adiós, mi querido Jorge.

Después de haberle abrazado por última vez se había vuelto para decirle:

—¡Que no olvides, sobre todo!...

Todas las mañanas Jorge Caylus daba su lección de esgrima con Marius Chabert, su profesor.

Durante una hora se esgrimian el uno contra el otro, tan pronto con floretes como con espadas de combate.

El antiguo granadero pretendía no sin razón que con ayuda de aquellos ejercicios repetidos todos los días, la debilidad de su alumno disminuiría.

—Y estaréis dispuesto á dar un pinchazo ó una estocada á cualquier mortal que os insulte.

Marius Chabert tenía verdadera pasión por su amo, el conde Jorge, lo mismo que Brígida la tenía por su ama Magdalena de Arvil.

Después de su lección de esgrima ó mejor dicho del asalto con su profesor, porque ya el maestro y el discípulo rayaban á igual altura, el joven montaba á caballo y daba una vuelta por su posesión que apenas conocía.

Algunas excursiones le bastaron para atraerse las simpatías de sus colonos y de los aldeanos á los cuales se critica más de lo que merecen.

Después almorzaba y daba un paseo por el parque, hacia las ruinas.

¿Sería acaso porque el joven había notado

que Aurora se dirigía hacia aquel punto todos los días de una á dos de la tarde?

Fuere lo que quisiere, aquella tarde Bernardo le vió hablar con la hermosa desconocida—asi la llamaban en el castillo—é internarse con ella por las alamedas que se dirigen á las ruinas.

Sorda colera rugió en el pecho de Bernardo.

¡De allí era de donde provenía la resistencia de Aurora!

¡Tenía aspiraciones de grandeza!

Le despreciaba por los señoritos de París que le eclipsaban seguramente con su elegancia, pero á los cuales hubiera dejado pegados á la pared tan soló con un bofetón.

¡Vividores!

Para el escribiente del señor Pilet como para la mayoría de las habitantes de las provincias, el decir parisien quiere decir perdido.

Los Caylus no podían hacer excepción á la regla.

La única ocupación debía ser corromper la inocencia de las mujeres hermosas y destrozár su virtud.

En este punto Bernardo Chavarux hubiera podido hacer su examen de conciencia; pero era de esos que ven la paja en el ojo ajeno y no ven la viga que les ciega.

En una palabra, fuesen celos envidiosos, fuese odio á aquella ciudad monstruosa que lo absorbe todo, que todo lo devora, que lo dirige todo y todo lo arruina, reina entre provincianos y parisienses un poco de esa hostilidad de familia que dividía en otro tiempo á los Güelfos y Gibelinos.

Bernardo Chavarux, sin sospechar siquiera

que había de llegar á ser parisién, llevaba esta aversión hasta la ferocidad.

Rechinando los dientes, se dirigió con las precauciones de un zorro que desea entrar en un gallinero, hacia el sitio donde los dos paseantes se hallaban.

No se atrevió, sin embargo, á dejarse ver, ni á turbar su conversación.

El joven conde de Caylus, por muy tímido que fuese, era el amo de su casa; no se le podía decir nada ó se exponía á verse despedido de aquel dominio, donde los Chavarux vivían como bajás desde hacía cerca de veinte años.

No pudo, pues, más que seguirlos de lejos y tragar veneno.

Durante algunos intervalos, les veía marchar el uno al lado de la otra, deteniéndose á veces para contemplar algún paisaje que les chocaba, y volvían después á proseguir el paseo, sin preocuparse de que pudieran ser vigilados.

Hablaban con naturalidad, como si se hubieran conocido desde hacía veinte años.

Sin embargo, era la primera vez que se encontraban desde la llegada del joven conde al castillo.

El escribiente, que los espiaba noche y día, con el cuidado de un avaro que vigila á los rateros que dan vueltas alrededor de su tesoro, no les había visto nunca juntos.

Y de repente se entendían, sus corazones parecían latir al unísono.

¿Qué se decían?

Le era imposible saberlo, lo cual hacía rabiar á Bernardo.

Por fin atravesaron una pequeña pradera y

desaparecieron en la espesura de un bosquecillo, atravesado por estrechas sendas que conducen á la antigua fortaleza de Aubignac.

Bernardo trató de unirse á ellos, pero le fué imposible encontrarlos.

Aquella desaparición redobló su cólera.

Cuando logró llegar á las cercanías de la fortaleza arruinada, no se conocía él mismo.

Penetró en aquel montón de ruinas altivas por una poterna escondida bajo una infinidad de plantas silvestres que cruzan y cubren con un manto de verdura aquel vestigio imponente del pasado.

Es muy fácil perderse en aquel laberinto donde por todas partes hay grandísimos patios cubiertos de vegetación.

Bernardo Chavarux empezó á desesperar de encontrar á la pareja, detrás de la cual se había internado en aquel dédalo, cuando llegó á la entrada de una inmensa sala, situada en el torreón principal del edificio y se detuvo.

Sentada en una piedra Aurora, completamente sola, estaba embebida en la lectura de aquella carta que tantas veces había empezado á leer.

Algunas lágrimas brotaban de sus ojos.

Al ruido de los pasos de Bernardo se levantó.

Su rostro no expresó el menor temor.

—¡Ah! ¿Estáis aquí?

—Os buscaba.

—¿Para qué?

—Para hablaros... ¿Estáis sola?

—Ya lo veis...

Se aproximó á la joven y añadió:

—Leeis...

—En efecto.

—¿Una carta de vuestra amiga de la Sauveterre?

—¿Qué sabéis vos?

El contestó encogiéndose de hombros.

—Me extrañaría mucho si me engañases. No conocéis á nadie más que á ella en el país.

Y como la joven se callaba él añadió:

—Las noticias no son buenas. ¿Verdad? Pues dentro de poco han de ser peores.

—¿Para Elena?

—Sí, para la señorita de Solmes y su padre. Gentes poco serias y menos prácticas. Se han dejado arrastrar.

—¿Por quién?

—Por aquellos á quienes deben grandes cantidades.

Y añadió con brutal desprecio:

—Son gentes nobles de la alta sociedad antigua... Hay que conservar el rango... No se quiere hacer nada... Se llenan de deudas y poco á poco se agranda el agujero, hasta que todo pasa por él... Venden las tierras parcela á parcela, y al final no quedan más que los ojos para llorar... Este es el caso...

—¿De modo que el señor de Solmes está arruinado?

—En este momento no encontraría quien le prestara ni un céntimo.

—¿Estáis seguro de ello?

—Tanto más, cuanto que todos los escritos se han hecho en casa.

—¿En casa?

—¡Caramba! Sí. En casa del señor Pilet. Ya sabéis que esto no se lo diría á nadie, pero entre nosotros no hay nada oculto.

Aurora reflexionaba.

¿De modo que su amiga estaba perdida de todos modos, deshonrada y arruinada?

—¡Pobre Elena!—murmuró.

Bernardo Chavarux no podía oirla; pero parecía haber comprendido su pensamiento.

—Ya sabéis lo que se cuenta—dijo.—La señorita creía que iba á encontrar un marido que pusiese su barca á flote. Al señor Danglas, por ejemplo. ¡Pero sí! Los Danglas son capaces de desplumar á un pollo al salir del huevo. ¡Ellos casarse con una de Solmes! No hay peligro. Ellos lo que quieren es dinero, si no no hay bodorrio. Es raro encontrar gentes desinteresadas. Si la joven tiene esas ideas, que abra el ojo. No está el horno para ella. Podéis decírselo de mi parte. Ya sabéis, en los estudios se sabe todo.

Aurora escuchaba con disgusto aquellas revoluciones demasiado exactas, y con las cuales la perfidia de Bernardo se burlaba únicamente de las jóvenes.

Hizo un movimiento para marcharse; pero Bernardo Chavarux lo detuvo con un gesto.

—Esperad—dijo—no os he hablado más que de los asuntos de otros. Ahora es preciso que os hable dos palabras siquiera de los míos.

Paseó la mirada á su alrededor y prosiguió:

—Necesito tener una explicación definitiva con vos y creo que estamos perfectamente en este sitio.

Y añadió con una intención que hizo estremecer á la joven:

—Creo que nadie nos molestará.

Y bruscamente preguntó:

—¿Debo creer que la boda de la cual os

ha hablado el señor Pilee no os conviene?

—Pero...

—Contestad francamente y sin rodeos; quiero saber á qué atenerme.

Titubeó un segundo, más bien por bondad que por temor.

Era valiente y ya se había repuesto del susto que Bernardo acababa de causarla.

—¿Para qué meterme prisa?—dijo.—¿Qué necesidad tenéis de precipitar las cosas? Ya sabéis que os profeso una gran amistad.

El replicó con tono amenazador:

—Lo sé, pero no me basta á mí con la amistad...

—La joven trató de sonreír.

—¿Qué teméis?—dijo.—Ya sabéis que no tenéis rivales. El señor Pilet ha tenido cuidado de avisármelo. Solo casándome con vos me concede un dote que tengo deseos de rechazar.

—¿Ves?

—Sin duda alguna.

—¿Y por qué, Dios mío?

—Porque no quiero que una persona extraña me conceda una cosa que se parece mucho á una limosna.

—¡Limosnas de sesenta mil francos!

—¡Qué importa la cifra! ¡La causa del donativo es la que hay que ver!... ¡De modo que si yo no os concedo mi consentimiento, no tengo nada que recibir! ¡Y acabáis de decírmelo vos mismo, á propósito de la señorita de Solmes!... ¿Quién quiere casarse con una señorita sin dote?... Ya veis que nada urge...

—No comprendo. Se me ha puesto en la cabeza el obtener de vos una respuesta definitiva.